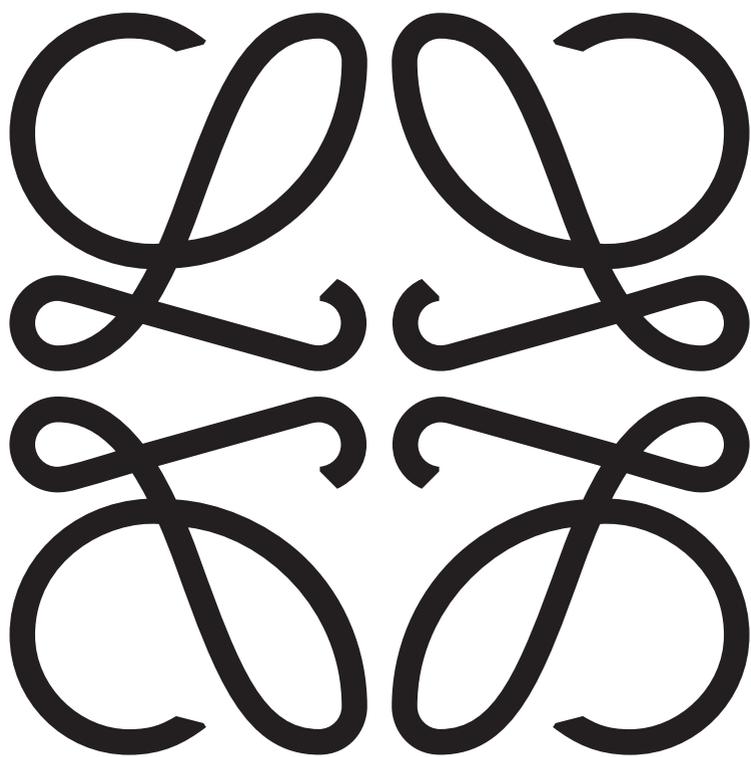


Danielle
Steel



The Affair

CAPÍTULO I

Rose McCarthy siempre atraía todas las miradas cuando entraba en una estancia.

Medía más de un metro y ochenta centímetros rectos e impecablemente arreglados con un estilo immaculado, largas y elegantes piernas y pelo gris plateado redondeado a la altura del mentón. Sus penetrantes ojos azules no perdían detalle de nada. Podía aterrorizar a cualquiera con unas cuantas palabras elocuentes, pausadas y bien escogidas o bien complacer y reconfortar a un joven empleado con un espléndido halago. Durante veinticinco años había sido la legendaria directora de *Mode Magazine*. Amable, educada y sumamente competente llevaba la revista con mano de hierro, gracia y máxima discreción. Era conocida por su buen juicio, sus decisiones acertadas que siempre beneficiaban a la revista, su dedicación y su amor por la moda.

Siempre vestía con un toque de color o algún accesorio llamativo o interesante: un anillo que encontró en una antigua y polvorienta joyería en Venecia, un brazalete de un bazar marroquí, una bufanda, un broche o alguna prenda singular de algún tipo. Llevaba la elegancia en los genes.

Solía vestir de negro, pero de pronto sorprendía llevando un color llamativo. Nadie podía aspirar a imitarla, aunque lo intentaban. Nadie estaba tan completamente arreglada como ella a las nueve de la mañana, o a cualquier otra hora del día. Estaba bien despierta y alerta en cuanto pisaba la oficina y no paraba en todo el día. Era muy exigente con sus empleados y esperaba lo mejor de ellos, no obstante, era infinitamente más exigente consigo misma que con cualquiera.

Su historia era fascinantemente contradictoria. Su padre había sido un prolífico y respetado historiador británico que había sido profesor en Oxford. Nacida y criada en Londres, Rose estudió dos años en Oxford por expreso deseo de su padre, pero nunca le gustó. Su madre italiana era una reconocida experta en pintura del Renacimiento italiano. Pertenecía a una gran familia de aristócratas. Sus hijas se metían a menudo con ella diciéndole que era italiana en casa y británica en el trabajo y había una parte de verdad en ello. La madre de Rose había sido todo lo cariñosa que su padre nunca fue. Rose aprendió de ellos y creció como hija única con el cariño y apoyo de ambos. Le encantaba visitar con frecuencia a la cálida familia de su madre en Roma. Hablaba con fluidez italiano, francés e inglés y tras dos años en Oxford estudió en la Sorbona durante un año, lo cual resultó ser mucho más de su agrado. Su instinto y pasión por la moda surgieron a los veinte años, cuando vivía en París. Fue entonces cuando volvió a Londres, entró como becaria en una conocida revista británica y se enamoró de un banquero americano, Wallace McCarthy.

A los veintiuno, en un impulso, se mudó a Nueva York

por él, consiguió un empleo empezando desde abajo en *Vogue*, ascendió a base de luchar y se convirtió en editora adjunta a la edad de treinta. Once años después, a los cuarenta y uno, le ofrecieron el puesto de directora de *Mode Magazine* y la convirtió en la publicación de éxito que era actualmente. Ella era el alma y el corazón de la revista y puso el listón muy alto. Veinticinco años después de ponerse al cargo, *Mode* era una de las revistas de moda más influyentes del mundo. Nadie cuestionaba que el éxito había que atribuírselo a Rose. Su marido, Wallace, estaba orgulloso de ella y siempre apoyó su carrera. Su matrimonio era importante para ambos, sólido como una roca, y para ella, una prioridad. Rose era una fuerza arrolladora en la oficina y una amante esposa en casa.

Acorde a su educación británica, jamás mencionó nada acerca de su vida personal en el trabajo. Rara vez nombró a Wallace en la oficina, a pesar de ser el centro de su vida en casa y, en medio de su continuo ascenso al estrellato como editora de moda, había dado a luz a cuatro hijas de quienes admitía en privado que eran la alegría de su vida. Casi nunca hablaba de ellas en su vida diaria. Era una profesional consumada, se había tomado el mínimo tiempo de baja cuando las tuvo y volvió a la oficina, lista para trabajar. Cuando volvió de sus bajas por maternidad, lo hizo tan delgada y estilosa como siempre, con cada cabello en su sitio, lista para centrarse de nuevo en la revista. Sus cuarenta años de matrimonio habían sido estables hasta la muerte de su marido hacía cuatro años.

Solo su fiel asistente, Jen Morgan, quien la había seguido desde *Vogue* y seguía todavía a su lado, sabía algo sobre su vida

privada o lo desconsolada que se había sentido cuando Wallace murió tras una fulminante enfermedad. Más que nunca después de aquello, Rose mantenía una relación muy cercana con sus hijas y hablaba con ellas a menudo, pero como siempre había sido, cuando estaba en la oficina se dedicaba plenamente a *Mode* y a nada más. Su carrera siempre había sido su pasión, pero se convirtió también en su refugio ahora que Wallace se había ido. Sus dos vidas nunca se habían cruzado. Había creado una revista de mucho éxito y una familia de cuatro mujeres jóvenes que eran muy diferentes, pero estaban tremendamente unidas entre sí. Estaba muy orgullosa de ellas y de la vida adulta que llevaban.

Siempre había encontrado tiempo para pasar con su marido y sus hijas, pero ahora que había enviudado y las niñas habían crecido, se dedicaba más si cabe a su trabajo. A veces parecía como si nunca abandonara la oficina. A menudo ya estaba allí cuando todos llegaban. Madrugadora como era, le gustaba ir por delante del resto y dejaba la oficina tarde cada noche. Durante años había repartido su tiempo entre marido, hijas y trabajo y ahora el trabajo era su único centro de atención y copaba la mayor parte de su tiempo. Adoraba a sus hijas, pero estaban ocupadas viviendo sus propias vidas y ella creía que así debía ser. No interfería en sus vidas, ni les pedía que le dedicaran su tiempo. Llenaba sus días y noches con su trabajo para *Mode*. Vivía por y para la revista y cada cuestión y pequeño detalle merecían su dedicación. No se le escapaba ni un detalle.

Miró a su alrededor en la mesa aquella mañana de mayo con una sonrisa fría. Los editores más importantes estaban en

la reunión, así como el equipo creativo al completo. Siempre escuchaba lo que tuviesen que decir, pero Rose tenía la última palabra. Si se les preguntara, todos dirían que era una mujer justa. No les imponía sus opiniones, pero cuando escuchaban sus razones, solían reconocer que su criterio en cuanto a *Mode* era el más acertado. Amaba la revista casi como a un hijo, como a un ser humano que vive y respira, que es lo que era para ella. No tomaba decisiones al azar, pues sabía con certeza lo que era bueno para *Mode* y en veinticinco años sus errores se contaban con los dedos de una mano.

Se trataba de una reunión para planificar el gran número de septiembre que publicaban cada año. Todas las grandes revistas de moda publicaban uno, pero el número de septiembre de *Mode* era el más codiciado de todos ellos. Se convirtió en un objeto de coleccionista y tan icónico como la propia Rose. Ella era una leyenda de la moda y todo el mundo quería saber las tendencias que *Mode* proponía para la próxima temporada de invierno. Las mujeres reinventaban su estilo y su armario en función de lo que *Mode* les decía acerca de su maquillaje, su salud, su pelo y lo que debían vestir. *Mode* no les imponía nada. Sus lectores se morían por lo que *Mode* tenía que ofrecerles.

Normalmente comenzaban a trabajar en cada número con tres meses de antelación, pero para el número de septiembre lo hacían incluso antes. Había muchas cosas que pensar y comentar, empezando por quién poner en la portada. Además, estaban la temática, las producciones de moda, los artículos y el orden de los anunciantes, que pagaban una fortuna para destacar en el número de septiembre.

Barajaban ya tres opciones para la portada, pero ninguna entusiasmaba a Rose. Todas le parecían manidas y obvias. Quería a alguien en la portada que cautivara la imaginación de sus lectores y causara sensación. Uno de los editores sugirió a una estrella del rock femenina de gran importancia. La habían puesto en la portada varias veces con anterioridad y no había nada nuevo o diferente en ella, a pesar de ser una mujer preciosa. También consideraron a una actriz oscarizada, pero Rose quería a alguien más joven. El editor de belleza ansiaba ver a la primera dama en la portada. Se había ganado los corazones de América con sus buenas acciones y su aguda inteligencia. Era abogada y había defendido las causas de las mujeres desde que su marido había llegado a la Casa Blanca. Era una idea noble, pero ella tenía un estilo demasiado diplomático, conservador y un poco remilgado. Teniendo a la primera dama en la portada habría sido difícil poner el foco del número en la moda.

“Tiene mi edad”, dijo Rose con una mirada disconforme. “No podemos hacer eso para septiembre. Podemos usarla más adelante”.

Su estilista más difícil de carácter, Charity Bennett, tenía otra sugerencia, y mostró su opinión nada más empezar la reunión. Rose solía tener encontronazos con ella, pero respetaba su estilo y su mente ágil y Charity siempre iba más allá de lo establecido, tratando de encontrar algo vanguardista. Era joven y atrevida. Rose siempre la tuvo atada en corto para que no se excediera. Charity tenía el pelo color negro azabache, un rostro afilado de color marfil y nunca tenía miedo de enfrentarse a la directora. Rose la admiraba por ello y escuchaba lo que tuviese que decir.

Aun cuando a Rose no le entusiasmaba su personalidad, el toque que aportaba a las producciones de moda era una gran aportación a la hora de ir por delante de las tendencias del momento.

“¿Qué os parece Pascale Solon?”, sugirió Charity. “Tiene veintidós años, es espectacular y acaba de ganar todos los premios posibles en el Festival de Cannes por su nueva película. Está teniendo una tórrida aventura con Nicolas Bateau, que escribió el libro en que está basado la película. Él tiene cuarenta y dos, casi le dobla en edad y ambos fueron la gran atracción en Cannes. Dejó entrever claramente que están teniendo una aventura. Él está casado por supuesto y es el escritor de mayor éxito en Francia. Todo el mundo dice que ella ganará un Oscar por la película y que tiene asegurado el Globo de Oro”, el premio concedido por la prensa extranjera, que suele ser presagio de lo que votará la Academia en los Oscars. “Es joven, es una novedad y una de las chicas más sensacionalmente atractivas que he visto jamás. Es tan sexy que casi se puede decir que tenga algo inocentemente pornográfico. Hace que Lolita parezca Minnie Mouse”. “¿Qué opinas?”. Miró directamente a Rose, que permaneció sentada en silencio, inexpresiva, pensando y sin reaccionar durante un minuto. En ocasiones, Rose era inescrutable, hasta que se lanzaba a decir lo que pensaba. “Es una posibilidad”. Fue todo lo que Rose estuvo dispuesta a conceder. Cuando había algo en una idea que no le gustaba se convertía en una esfinge. Aquellos que la conocían bien sabían que, obviamente, no le gustaba la idea.

Y si no conseguían que Rose se subiera al barco, todos sabían que la idea no prosperaría. Rose tenía que creer en las decisiones que tomaba.

“Si no la ponemos en portada, *Vogue* lo hará”, dijo Charity, sabiendo que quizás eso haría a Rose elegir a Pascale antes de que otro lo hiciera. Charity sabía que Rose nunca dejaba a *Mode* caer en el amarillismo, pero no dejaban de tocar ligeramente algún detalle tentador de la vida personal de algunos personajes, pero sin ir demasiado lejos. Rose tenía normas y estableció límites que esperaba que sus editores respetaran. Solo aceptaba lo que escribían si eran hechos contrastados y no toleraba que los editoriales de la revista cayeran en lo sórdido. Odiaba los trapos sucios y las habladurías. La revista trataba sobre moda, no sobre los ocasionales detalles desagradables de las vidas de sus protagonistas. Si eran famosos, normalmente tenían secretos. Charity Bennett siempre intentaba empujar a Rose a cruzar esa línea, y cuando le irritaba lo suficiente, Rose no dudaba en pararle los pies.

En esta ocasión no comentó nada, se limitó a fruncir los labios, lo cual todos en la sala sabían que era una señal de que Charity debía desistir. “No podemos basar nuestro interés en ella en una aventura con un escritor famoso”, comentó Rose finalmente. “De todas maneras, para cuando salga el número de septiembre, podría haberse acabado. La película acaba de salir. De aquí a cuatro meses podría estar acostándose con alguien distinto, estaremos obsoletos y habremos hecho el ridículo”. Ella odiaba publicar cotilleos, como todos sabían, y procuraba mantenerse alejada de ellos siempre que fuera posible. Habían publicado artículos serios sobre las trayectorias de sus protagonistas y sus estilos de vida y una aventura con un hombre casado, por muy famoso que fuera, no era

suficiente para convencer a Rose de ponerla en la portada. No obstante, no había dudas acerca de que Pascale Solon se había convertido en una gran estrella de la noche a la mañana interpretando un papel muy complicado que había manejado con brillantez. Nicolas Bateau había dirigido y coproducido la cinta y, aparentemente, había estado ayudándola en su tiempo libre. Había obtenido una interpretación fabulosa de ella. Rose no había escuchado nada sobre la aventura hasta que Charity lo mencionó. Era el tipo de insinuación lasciva que a Charity le encantaba hacer. Rose quería una historia sobre moda en la portada, no una pieza sensacionalista.

“Puede que la aventura no acabe tan pronto como crees”, insistió Charity. “Circula el rumor de que está embarazada, así que puede que acertemos de pleno con la historia en septiembre”, dijo arrogante mientras otra editora ponía los ojos en blanco. “Por favor, no quiero otra portada con una estrella desnuda mostrando la redondez de su gran barriga de embarazada. Prefiero a la primera dama con un traje azul marino y una blusa blanca con un lazo. No podemos poner a otra estrella embarazada”, dijo Rose, empezando a mostrar su enfado.

“No se notará si hacemos la sesión de fotos ahora”. Charity le lanzó una mirada apaciguadora mientras Rose repasaba la lista de sugerencias de otra persona, ninguna de las cuales pareció llamar su atención. “¿Qué tal Michaela Lim?”, dijo Rose distraída. Se trataba de otra estrella joven, que acababa de ofrecer una interpretación brillante en una película reciente.

“El año que viene”, respondió Charity. “Nadie ha oído hablar de ella todavía. No tiene ni de lejos el glamour de Pascale y

es demasiado joven. Acaba de cumplir diecinueve. Tiene que curtirse más antes de que la pongamos en el número de septiembre”. Rose asintió mostrando su conformidad. Tenía razón. “Asumámoslo, Nicolas Bateau es un galán y si deja a su mujer por Pascale Solon será noticia en todo el mundo y nuestro número de septiembre será la publicación más candente del momento. Yo quiero aprovechar eso”, dijo Charity con obstinada determinación. Pascale era conmovedoramente hermosa e innegablemente luciría fabulosa con cualquier cosa que le pusieran. Era evidente, pero a Rose no le gustaba.

“Además parecerá como si avaláramos la infidelidad y que los hombres engañen a sus esposas. Esto es América, Charity. A los americanos no les gustan los hombres infieles. Esto no es Francia”. Charity había trabajado para una revista francesa antes de llegar a *Mode* y se había acercado peligrosamente al periodismo de tabloide. El rostro de Rose permaneció inexpresivo y su tono frío cuando su mirada azul eléctrico se clavó en la estilista que tan decidida estaba a poner a Pascale en la portada. “No somos un tabloide ni una revista de cine”, le recordó Rose con severidad. “Hay muchas otras revistas para cubrir eso. No olvidemos quiénes somos”. Charity parecía frustrada y continuaron discutiendo otros detalles del número que tenían que decidir en las próximas semanas. Cuando la reunión hubo terminado, todavía no se había llegado a un acuerdo sobre la portada.

“Creo que no es la primera vez que él ha tenido escauceos”, dijo Charity, mientras se daba por concluida la reunión. “No recuerdo con quién está casado, alguien normal pero guapa.

Creo que es una escritora o una periodista o algo así”.

“Es una conocida diseñadora de interiores”, dijo Rose corrigiéndola. “Y tienen dos niños pequeños. No me gusta la historia”. Rose se levantó. Lo cual era la señal para que todos volvieran al trabajo. La reunión había durado dos horas y habían cubierto buena parte de las otras cuestiones. Había un millón de detalles que zanjar en su número de septiembre. Al final, las decisiones las tomaría Rose, pero todos sabían que haría, sin excepción, lo que fuera mejor para *Mode* y que poseía un instinto infalible para ello, independientemente de sus opiniones personales. Por eso la respetaban, incluso Charity, pese a no estar de acuerdo con ella en esta cuestión. Todas las otras opciones le parecían muy aburridas. Ella era la editora más joven y, casi siempre, a Rose le agradaba la chispa que aportaba, pero no en esta ocasión.

Rose abandonó la sala de conferencias rápido tras la reunión. Sabía que habría una montaña de emails y mensajes en su mesa. Jen Morgan se ocuparía de cuantos pudiera, pero la mayoría requerirían de una respuesta de Rose para solucionarse. Las decisiones finales las tomaba ella. Nunca se lamentó de ello. Incluso sus rivales estaban de acuerdo en que era una de las mejores editoras en su campo y valiente en cuanto a las posiciones que adoptaba. Era una fuerte defensora de los derechos de las mujeres. La integridad y la honestidad para ella eran valores importantes, capitales de hecho, y estaban presentes en cada entrevista y cada editorial.

Pasó zumbando por la mesa de Jen, sin apenas mirarla, sosteniendo contra su pecho una pila enorme de papeles de la

reunión. Tenía reuniones programadas para todo el día e iba con prisa.

“¿Ya tenemos portada?”, dijo Jen sonriéndole.

“Todavía no. Tengo que hacer una llamada confidencial. Tardaré quince o veinte minutos. Retén mis llamadas hasta entonces”, dijo mientras llegaba a su despacho deteniéndose en el marco de la puerta. Jen permaneció sentada fuera.

“Ya tienes una montaña de mensajes sobre tu mesa”, le recordó Jen.

“Otros veinte minutos y estarás enterrada hasta las cejas”.

“No hay nada que pueda hacer. Tengo que hacer esta llamada. Se avecina una tormenta”.

Rose no ofreció más detalles.

Jen arqueó una ceja, pero no preguntó. Sabía que no debía y sabía también que, de todas maneras, Rose no le habría dicho de qué se trataba. Muy rara vez confiaba detalles de su vida privada a alguien en el trabajo, ni siquiera a su asistente de confianza. “Contendré a los ejércitos invasores”, prometió Jen. Era una buena asistente y Rose la apreciaba por manejar tan bien el millón de pequeños detalles de su trabajo.

Rose entró en su despacho, cerró la puerta y se sentó en su escritorio. Comprobó que Jen no había exagerado. Había una montaña considerable de mensajes, emails impresos y documentos en su mesa. Intentó no mirarlos mientras marcaba un número que conocía de memoria.

Sabía que no podría contactar con Olivia a esa hora del día, así que no la llamó. A sus treinta y nueve años, había sido recientemente nombrada jueza de un Tribunal Superior y

estaría o sentada en el estrado o confiriendo con abogados en los gabinetes. Olivia era la tercera hija de Rose y estaba muy orgullosa de ella y de las demás. Olivia tenía ahora un trabajo de muchísima responsabilidad. Estaba casada con Harley Foster, un juez del Tribunal Federal que era veintiún años mayor que ella y que había sido uno de sus profesores de derecho. Tenían un hijo de catorce años, Will, y formaban una familia muy seria y conservadora.

Athena, su hija mayor, nunca era la primera a la que llamaba cuando había un problema. Tenía una filosofía vital muy californiana, relajada y ultrapositiva y siempre le decía a su madre que todo iba a salir bien, aun cuando era obvio que no sería así. Su perspectiva era completamente distinta a la de su madre y sus hermanas. Había tomado otro tipo de decisiones en su vida. Athena tenía cuarenta y tres años, vivía en Los Ángeles desde hacía quince, trabajaba como chef en programas de televisión, había publicado los libros de cocina vegana y vegetariana definitivos y era dueña de sus propios restaurantes veganos. Había vivido con el mismo compañero durante trece años. Joe Tyler era también chef además de dueño de un restaurante de mucho éxito en Los Ángeles y cinco años más joven que Athena. No estaban casados ni tenían ganas de estarlo. Vivían juntos y estaban felices tal y como estaban. Tenían varios perros a los que Athena se refería como sus “bebés”. Ella decía que eran los únicos hijos que quería. Decía que el matrimonio era una invención del hombre que rara vez funcionaba y que los hijos no eran para ella. Se le daban muy bien los niños, pero se conformaba con jugar con los hijos de otros cuando tenía

ocasión. Ese era el único tipo de “maternidad” que deseaba y Joe estaba de acuerdo con ella.

Rose se refería a su segunda hija, Venetia, como una diseñadora de moda increíblemente exitosa que había puesto en marcha su negocio hacía catorce años con el sólido consejo financiero de Ben Wade, su marido, un capitalista de riesgo. Venetia era una mujer extraordinaria y muy creativa. Siempre lo había sido. Era muy valiente llevando su negocio y los diseños que creaba siempre causaban sensación. Eran tan raros y estrafalarios como ella y eran una mezcla entre París, Las Vegas y un parque de casas remolque, todo ello aderezado con esteroides. Cuando Rose vio por primera vez sus diseños, no podía imaginar quién los compraría, a no ser que fueran tan raros y excéntricos como su hija. Pero la ropa funcionaba y parecía cumplir las fantasías de casi cualquier mujer en cuanto a cómo querían verse vestidas. Había lentejuelas y estampados de leopardo en telas italianas de lujo, pequeñas chaquetas formales estilo Chanel en visón blanco y denim para llevar con vaqueros. Les había puesto precios altos para situarlas en el mercado de lujo y, para asombro de Rose, causaron furor y se convirtieron en un éxito rotundo. Un año después de emprender su negocio, *Mode* le dedicó un reportaje y también lo hizo *The Wall Street Journal*.

Era tan alta como su madre y, su marido Ben, moreno, de ojos verdes y con la percha de un galán de cine era incluso más alto. Venetia tenía una figura de infarto e iba al gimnasio todos los días a las cinco de la mañana. Combinaba disciplina y creatividad, una mezcla que le resultó muy exitosa. Tenía una salvaje melena de rizos pelirrojos. La prensa la llamaba “La

Leona de Oro” porque también tenía el toque Midas y un gran olfato para los negocios.

Había estudiado en la Escuela de Diseño Parsons y en la Escuela de Negocios de Columbia. Ella y Ben tenían tres hijos encantadores aunque un poco salvajes, dos chicos, Jack y Seth, y una niña menor, India. Venetia decía que quería tener más pero todavía no había convencido a Ben. De alguna manera se las había arreglado para hacerlo todo, trabajo, matrimonio, hijos, igual que su madre. A diferencia de ella, no obstante, tenía una casa en Nueva York que parecía como si le hubiera caído una bomba, pero ella lucía estupenda y los niños también. Eran todos listos y vivaces y la niña de cinco años tenía la vena creativa de su madre. Quería diseñar zapatillas con destellos cuando fuera mayor.

A pesar de lo ocupada que estaba, Venetia siempre sacaba tiempo para escuchar los problemas de sus hermanas o su madre y les daba consejos impresionantemente buenos.

Cuando su asistente contestó, Rose solicitó hablar con Venetia. Se puso al teléfono unos minutos más tarde, encantada de tener noticias de su madre.

“Perdona mamá, estaba en una reunión de diseñadores. ¿Qué tal?”

Rose nunca la llamaba a esas horas. Normalmente hablaban cuando Venetia estaba de camino a casa en un Uber, que solía ser el único momento que tenía para ella. Una vez llegaba a casa, ayudaba a sus hijos con los deberes y los niños acaparaban su atención durante horas.

“Acabo de oír algo en una reunión que me preocupa y me preguntaba si tú sabrías algo”, dijo Rose en tono solemne.

“¿Los dobladillos siguen subiendo? Si subo más los míos van a terminar arrojando a mis clientas”, dijo entre risas. Pero en seguida se dio cuenta de que su madre hablaba en serio.

“Se trata de Nicolas”, el marido de su hija pequeña Nadia. “Parece que tiene una aventura con la chica que protagonizó su última película, Pascale Solon. ¿Te ha dicho algo Nadia? No he hablado con ella en días. He estado muy liada con el número de septiembre. Espero que no sea cierto. Según parece, lo han dejado caer en el Festival de Cannes la semana pasada. ¿No va Nadia con él allí?”

“Normalmente sí. Está instalando una casa en Madrid así que seguramente no haya ido con él este año o haya ido solo uno o dos días. No he podido hablar con ella. No nos ponemos de acuerdo para hablar por teléfono. Me pareció ver algo en la portada de un tabloide en el supermercado”.

“¿Haces tu propia compra en el supermercado?”, su madre pareció asombrada. “¿Hay algo que no hagas?”

“Me tocaba cocinar para los niños y he dejado de comprar pizza congelada”.

Tenían un ama de casa y una niñera, pero Venetia intentaba cocinar para ellos una vez por semana.

“Me quedo más tranquila”. Las mujeres de la familia eran famosas por sus pobres habilidades en la cocina, con la excepción de Athena, que compensaba por todas las otras siendo un genio de la cocina, si te gustaban las verduras.

“Esperaba que fuera la típica basura de tabloide ya que ella no estaba allí. ¿Qué escuchaste en la reunión?”, Venetia se mostró también preocupada.

“Que Nicolas tiene una aventura con Pascale Solon y que ella podría estar embarazada”.

“Dios, espero que no sea cierto. Quizás sea todo bombo hollywoodiense, para promocionar la película”, dijo Venetia deseando tener razón. No quería que le rompiesen el corazón a su hermana pequeña. Nicolas había sido un ligón cuando era más joven pero no últimamente. Era algo cultural, puesto que él era francés, pero Venetia no creía que fuese nada más que eso. Nadia nunca había tenido queja al respecto y nunca había mencionado que él la hubiese engañado.

Venetia le daba vueltas en su cabeza vestida con una de sus creaciones, pantalones capri de leopardo marca de la casa, un suéter de lentejuelas color turquesa y zapatos de tacón color verde chillón de piel de cocodrilo de Hermés, brazaletes de diamantes y esmeraldas en un brazo y una pulsera con una turquesa enorme en el otro, su melena roja recogida en un moño atravesado por un palillo chino coronado por un diamante. Se trataba de ropa de trabajo estándar para Venetia y, de algún modo, en ella funcionaba. Era una mujer preciosa y todo le quedaba bien. Era un icono de la moda y tenía un estilo propio. Había sido descarada vistiendo desde adolescente y había construido una carrera exitosa entorno a ello.

“Espero que no sea cierto”, dijo Rose fervientemente. “Acabo de rechazar a la chica para la portada y estoy segura de que el tema no ha quedado zanjado. Sobre todo si el rumor es cierto, lo de la aventura. No quiero ni pensar en un posible embarazo”.

“Me suena a basura de tabloide mamá”, dijo Venetia tranquilizándola.

“¿Qué hacemos ahora? No quiero entrometerme y disgustar a Nadia si no le han llegado los rumores”, dijo Rose cuidadosamente.

“Seguro que los ha oído. Estará por todas partes en internet”. Venetia tecléo en su ordenador y encontró media docena de artículos y fotos de paparazzi. “Puede que sea cierto, lo de la aventura al menos”, dijo Venetia con tristeza, sintiéndolo por su hermana pequeña. “Llámala, mamá. Yo la llamaré después. Cuéntame lo que te diga. No puedo creer que sea tan tonto. Tiene una mujer preciosa, un buen matrimonio, se adoran, tienen dos hijos geniales ¿y él se pone en evidencia con una actriz novata a la que dobla en edad? Patético. Típico de un francés. Flirtear es una cosa, pero esto es horroroso para Nadia, si es cierto”.

“La llamaré. Esta noche te cuento”, prometió Rose. Venetia volvió al trabajo minutos después preocupada por su hermana pequeña. Rose se quedó sentada en su escritorio durante un minuto, pensando en su hija pequeña.

El extracto es de
la nueva novela de Danielle Steel
The Affair

Copyright © 2021
de Danielle Steel